



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

PA 6567
55
64

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Est. tip. de la Viuda é hijos de Tello.—C. de San Francisco, 4.

EL BECERRO DE ORO

— ❦ —

.....
Es en vano, amigo mío, que usted trate, no de variar mis opiniones, pues sé que las estima justas, sino de apurar mi paciencia con las sutilezas de su ingenio. No saldré de una sola contestación: la castidad y el pudor se repliegan, como la sensitiva, al contacto no más de una mirada atrevida. En vano se quiere llamar *coquetería* á la desenvoltura; *ingenio* á la osada provocación, y *trato de mundo* al valor, poco envidiable, con que algunas mujeres arrostran las tentativas de seducción; la castidad es tímida, ignorante, sin mancha como la luz. Es la más hermosa corona de la mujer, y á la que la conserva, la estima el mundo y Dios la recompensa, aunque la haga pasar por duras situaciones para probarla.

(CARTA DE LA AUTORA Á UN ANCIANO AMIGO.)

I

Hay en Aragón una hermosa y floreciente villa, cuyo nombre es Egea de los Caballeros, rodeada de bellas campiñas, de fértiles viñedos y de olivares siempre verdes, que para el país simbolizan la paz y la esperanza de la riqueza.

Tal era su aspecto hace algunos años. Muchos ricos labradores sostenían no pocos brazos en el cultivo de sus campos y recolección de sus cosechas.

Las personas de más elevada posición de la villa, como el médico y su familia, el escribano, los curas, el boticario y algunas otras que, sin títulos, vivían de sus rentas, salían en los días de fiesta á pasearse por el camino real, del cual se hallaba un trozo cuidado, plantado de árboles y terminado á entrambos lados por verdes bosquecillos, que se esmaltaban en la primavera de claveles y rosas.

En los demás días de la semana, no tenía representación alguna en el paseo el sexo bello: las señoras, por costumbre y por gusto, se quedaban en su casa ocupadas de su labor y de los cuidados de la familia.

La casa del boticario era el punto de reunión en las noches de los domingos: los jóvenes bailaban al compás de un piano muy viejo y muy poco armonioso, que tocaba el organista, mediante una módica retribución, y que no faltaba en casi ninguna casa de las *principales*, como se llamaba á las de las señoras, ó de las *ricas*, como decían los labradores, aunque en algunas la hacienda había llegado tan á menos, que los propietarios eran más pobres que los que ganaban su jornal.

En la casa en que no había piano, se bailaba los días de santo al compás de una guitarra que tañía bastante bien el hijo del Mayorazgo, que se llamaba Cirilo, y era una especie de salvaje de seis pies, que jamás había dejado el calzón de pana y el pañuelo á la cabeza.

Sin embargo, las señoritas *finas* le admitían en sus *soirées*, ya porque verdaderamente era heredero de un mayorazgo, aunque no muy rico, ya con el objeto de que les diese música con su guitarra, en la que sabía tocar dos rigodones, una polka y el vals de Santa Librada.

La señora en cuya casa hacía más falta Cirilo, no por falta de instrumento, sino porque sólo se alcanzaba el permiso de abrir el manucordio que había en los días que repicaban muy gordo, se llamaba doña Severa, y si acudían alguna vez á sus reuniones las señoritas y señoras de la población, era sólo porque no sabían dónde ni cómo pasar el rato, y además, porque no se picara doña

Severa, lo que era de temer atendido su mal genio, muy conforme con su nombre.

Doña Severa no se había casado nunca: era una mujer de cerca de sesenta años, prodigiosamente fea y aún más desagradable: áspera, callada, dominante, mezquina, dura de corazón, según decían, y de modales, según se veía, no era querida de nadie que vistiese con decencia y que se diese humos de persona importante; pero, ¡cosa extraña!, cuando salía á dar su paseo diario, todos los pobres trabajadores de los campos se quitaban el pañuelo que rodeaba su cabeza, y la saludaban con ternura.

—¡Vaya usted con Dios, señoral

—¡La Virgen la acompañe!

—¡El cielo le dé larga vida!

—¡Bendita sea usted!

Éstos eran los saludos que doña Severa oía sin cesar.

¿Qué hacía para merecerlos?

Nadie lo sabía.

Nadie le veía hacer dádiva alguna á los pobres, y lo que era más raro, ningún pobre le pedía; al contrario, éstos le daban un caudal de bendiciones: un caudal que debía realizar en el cielo.

Doña Severa respondía á cada uno de aquellos envidiables saludos con un grave «Buenas tardes».

Después seguía su camino.

Ya hemos dicho que contaba cerca de sesenta

años al empezar esta historia, y ahora vamos á proseguir su retrato.

Era de estatura pequeña y delgada, ó más bien, flaca; su cara, sequita y amarilla, parecía aún más angulosa, gracias á la sombra que en ella proyectaba una enorme peluca negra y reluciente que se agrupaba en anchas trenzas casi encima de sus cejas.

Sus ojos, muy negros y muy pequeños, no llegaban á dar luz á su semblante; pero bastaban para escudriñar el alma de los demás y para penetrar en sus pliegues más ocultos con tanta seguridad, que pocas veces se equivocaba en la opinión que formaba acerca de una persona: mejor dicho, no se había equivocado nunca.

Una boca pequeña, á la que ya faltaban algunos dientes; una nariz, también pequeña y encorvada; unas mejillas enjutas y una barba bastante larga, completaban el conjunto de doña Severa.

Su traje era constantemente negro; en el invierno, de buen merino para que la abrigase, y en el verano, de mala seda, porque cuanto más mala, es más fresca; tampoco llevaba jamás otra prenda de abrigo que un mantón: en la estación del frío, alfombrado ó de lana fuerte, y en la del calor, de crespón liso, negro ó de color obscuro.

Á pesar de su apariencia dura y de su sombrío traje, no chocaba doña Severa, porque reinaba una perfecta armonía entre su voz y su persona,

entre sus maneras y sus hábitos; al contrario que la mayor parte de las señoras de Egea, no hacía alardes de misticismo y santurronería: iba á oír una sola misa, y no siempre era ésta la mayor; porque su genio era tan vivo, que ni aun una misa larga podía resistir su escasa paciencia.

Esto escandalizaba no poco á las señoras de la población, y un día le dijo la boticaria:

—¿Doña Severa, sabe usted que la critican?

—Sea en buenhora—respondió ésta sin preguntar el porqué.

—La critican á usted porque falta casi siempre á la misa mayor.

—Me tiene sin cuidado.

—¿Y sabe usted quién?

—No, señora; ni quiero.

—Pues mire usted, son la escribana y sus hijas—dijo la boticaria, que era terca si las hay.

—¡Señora, es usted más cansada que las moscas en un día de lluvia!—exclamó doña Severa.

—No me importa que hablen y que me critiquen: hago lo que me parece, y á nadie pido consejo ni parecer, porque á nadie debo nada; y sepa usted que no me ofende quien me critica por la espalda, porque ése teme darme un mal rato: la que me ofende es usted que viene con tales embajadas. Conque suprímalas usted ó no vuelva más por mi casa.

La boticaria se mordió los labios y se marchó resentida de lá reprimenda.

Luego se vengó desatándose en invectivas contra doña Severa, á la que acusó de tener un genio infernal y una desvergüenza sin ejemplo.

Pero doña Severa pareció no oír nada de esto, ó si lo oyó no hizo absolutamente caso alguno.

El cura de la parroquia, que apreciaba mucho á tan extraña mujer, le preguntó un día que por qué no se había casado; doña Severa le respondió:

—No he hallado ningún hombre que me gustase completamente, don Zacarías. Como yo he sido siempre bastante fea, tampoco he debido agrádar á muchos, y de los que me han pretendido no ha habido uno solo bueno para marido. Tengo poco apego al matrimonio, y por mi gusto, nunca se casarían mis sobrinas.

—Ellas no pensarán como usted—observó sonriendo el señor cura, que era en extremo bondadoso.

Las dos sobrinas de doña Severa eran dos jovencitas bastante opuestas á ella en la parte física y en la moral.

Avelina, la mayor, tenía ya diez y ocho años y no aparentaba quince: tales eran la delicadeza de sus formas y la graciosa ingenuidad de sus modales.

Era hija del hermano único que había tenido doña Severa, y había quedado, con su hermano Esteban, que le llevaba tres años, bajo la tutela y en la compañía de su tía.

Avelina no era lo que se llama hermosa: una

carita pálida, alumbrada por dos grandes ojos oscuros, una rica cabellera de color castaño claro, y una nariz pequeña, no constituyen una belleza; su estatura era escasa; su figura endeble no llamaba la atención de nadie, lo cual justificaba hasta cierto punto el que Avelina no hubiese tenido aún ningún novio.

Irene, su prima, era hija de la hermana menor de doña Severa, que la había dejado pequeñita: excedía bastante en estatura á su prima y abultaba doble que ella, á pesar de ser un año más joven; era corpulenta y rubia con ojos azules algo osados, boca de grana y cutis muy fino como casi todas las personas rojas.

Las dos muchachas y Esteban, hermano de Avelina, eran muy pobres. El padre de estos últimos, abandonando á su esposa y á sus hijos, se había embarcado para Méjico, y fué allí asesinado alevosamente. La pena que experimentó al saberlo, quitó la vida á su mujer, yendo los dos niños á poder de doña Severa: ésta, cuando se abría el curso en la ciudad, hacía ir á estudiar á su sobrino la carrera de leyes y le pagaba las matrículas y los libros que necesitaba, pero sin fruto alguno, pues Esteban llevaba calabazas todos los años por aturdido y desaplicado.

En cuanto á Irene, era tan pobre como sus primos, aunque por diferente causa: un pleito había arruinado á su padre, y el cólera se llevó á éste y á su madre.

Las dos sobrinas pasaban la pena negra con su tía la solterona: ésta era, por lo menos, la voz que corría en la villa de Egea de los Caballeros.

Doña Severa tenía por criada, desde hacía veinticinco años, á una mujer que regañaba más que ella, y que tenía á las chicas, según suele decirse, como ratón en boca de gato.

Avelina era callada, paciente, humilde. Es verdad que por las faltas y desaplicación de su hermano, la buena tía Homobona—que así se llamaba la criada—la trataba mal á ella también, y siempre se estaba quejando de los gastos que ocasionaban á la *señorita*, y diciendo que á quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos.

Avelina era tan delicada, tan endeble, de tan escasa representación y á la par tan apocada y tan tímida, que creía deber suyo el sufrirlo todo y el callar á todo. Temerosa por ella misma, y aún más por su hermano—que era realmente una carga muy pesada para su tía—se resignaba siempre y no hallaba consuelo ni apoyo en nadie.

Es verdad que tampoco lo pedía ni lo esperaba; había visto en un libro de los que componían la reducida biblioteca de su tía este final de una antigua décima:

Que se pierde poco ó nada
por sufrir y por callar;

y como ella pensaba, y con razón, que con chillar y quejarse nada podía adelantar, adoptaba el con-

sejo y complacía á la tía Homobona, que tenía un genio perverso.

Irene, cuando le decía algo la vieja, la despedía con cajas destempladas y se le reía en las barbas si la regañaba.

La criada, furiosa, iba á quejarse á la *señorita*, que se encogía de hombros y oía las quejas como quien oye llover.

—¿Pero no ve usted cómo me trata Irene?—exclamaba exasperada la tía Homobona.

—Si la regaño yo, regañaremos todos—respondía invariablemente la señora:—hazlo tú...

—¡Para el caso que me hace!...

—Pues déjala.

—No hace nada de provecho en todo el santo día.

—Más descansada vivirá: no tengo más deberes con esa chica que mantenerla y vestirla.

—La otra es la que me ayuda, la que cose y plancha la ropa de usted, la que lo hace todo.

—Los genios no son iguales.

—¡Ya! ¡Como usted la dejal

—¡Tú sí que me vas á dejar á mí, porque me canso de oírtel!

La criada salía refunfuñando; y como no se atrevía á regañar con Irene, que se burlaba de ella, se desfogaba con Avelina.

—¿Por qué no se queja usted á su tía de lo que es esta muchacha?—le dijo un día la tía Homobona.

—¡Yo!—repuso Avelina:—¿para qué?

—¡Para que la reprendal

—No quiero dar á mi tía ese trabajo.

—¡De modo que, por dejar todos á la señorita Irene, es lo que es!

—¿Pero qué es?

—Una persona que no hace otra cosa que incomodar; á quien tiene usted que servir...

—Ya estoy contenta con servirla.

—Acaso será por contradecirme.

—No, señora—repuso la joven,—sino porque prefiero la paz á todo: donde no hay paz, no hay nada bueno; además, yo no sé regañar. Mi prima ya cose y arregla la casa; si no lo hace más y mejor, nada adelantaremos aunque yo le predique.

Su mismo hermano trataba á la pobre Avelina con dureza cuando estaba en Egea.

Pretendía que ésta tomase á su tía dinero, para irse al café á jugar al billar, ó al dominó, donde perdía con más frecuencia que ganaba.

—La tía debe tener muchos doblones y no me da un cuarto—alegaba un día Esteban á su hermana:—eso es infame. ¡Como si no supiera yo que aquella amiga suya que se metió monja le dejó toda su fortuna!

—Yo también lo sé—repuso la joven;—pero porque ella tenga una fortuna, ¿es una razón para que te la dé á ti? La tía la guarda, y hace bien.

—Al fin y al cabo ha de ser para nosotros cuando se muera esa vieja ladina.

—Eso es lo que no sabemos, hermano: la tía es libre de dejar lo que tiene á quien quiera. De los abuelos le quedó muy poco, aunque es verdad que ella lo ha aumentado y hecho prosperar; pero no tiene obligación de dejarnos nada.

—¡Hasta en eso tuvo suerte! Ella fué la mejorada por nuestros abuelos, que le dejaron más que á nuestro padre y á la madre de Irene juntos.

—Como que la tía quedaba soltera y sola, y los otros hermanos ya estaban colocados. ¿Hay algo más natural?

—Mira, Avelina, tú de todo sacas consecuencias favorables para la tía, siempre defendiéndola, cuando es aborrecible para todos: ¡eso ya raya en manía!

—Peor manía es la tuya—repuso Avelina con tristeza,—de culpar á la que te ha recogido y te trata como á hijo. La tía es buena, excelente. Y si no, harto lo dice el que te sufre que estés perdiendo años y años en la Universidad. Esteban, tu cabeza es muy mala, pero tu corazón es muy bueno..., estoy segura de ello...; ¿por qué, pues, has de acusar á la tía? ¿por qué hablas mal de ella? ¿por qué eres con ella tan desagradecido é ingrato? ¿por qué no estudias? Considera, Esteban, que no debemos contar con nada y que el día en que falte nuestra bienhechora yo no tengo otro amparo que tú. Á lo menos por mí, aplícate. No pierdas el tiempo para que seas algo en el

mundo, porque, de lo contrario, llegará día en que llores lo que ahora no has aprovechado.

—Tienes razón, Avelina—respondió Esteban:—siquiera por consideraciones á ti, debía ser muy juicioso: por ti, que eres tan buena. Y además, nuestra madre me encargó, en la hora de su muerte, que te protegiese siempre. Ya verás, así que el curso se abra, cuánto estudio.

Avelina abrazó á su hermano: para aquella alma inocente y tierna, una promesa de Esteban valía mucho.

Esta conversación tenía lugar en el verano y durante las vacaciones: la joven no dejó de amonestar á su hermano dulcemente todo el tiempo que duraron, y éste, cuando se fué á la ciudad, recibía cada semana dos cartas de Avelina animándole al estudio y al trabajo.

Estas cartas le sorprendían siempre en el café ó en los toros, ó bien á la vuelta del campo, donde había ido á merendar con sus amigos y camaradas; pero no por eso dejaban de hacer en su ánimo una impresión profunda; porque Esteban, según su hermana decía, tenía mala cabeza, pero buen corazón y bastante talento.

Al fin, en los exámenes sacó nota de *mediano*, y pudo seguir su carrera cuando ya estaba amenazado de ser expulsado de la Universidad.

II

Empezaba Abril á asomarse, detrás de los últimos días de Marzo, su alegre semblante y su rosada frente.

Ya era templado el aire, y las lilas y madresevas de los huertos, que son muy hermosas en Egea de los Caballeros, le embalsamaban con el perfume fresco de la primavera.

La casita habitada por doña Severa tenía un jardinillo muy mezquino y muy descuidado; no obstante, como Avelina amaba las flores con la pasión de las naturalezas poéticas é inteligentes, la tía Homobona llamaba á Santiago—un pobre jornalero vecino—para que le diese una vuelta cuando no hallaba dónde ocupar el día, y luego le pagaba con un trozo de tocino y un cucurucho de arroz para que diese de comer á su mujer y á tres niños pequeños que tenía.

Santiago tomaba lleno de agradecimiento el arroz y el tocino, pues de no tener nada, aquello era un socorro para su familia, que de seguro se hubiera quedado aquel día sin comer.

Aunque entendía de jardinero, Santiago trabajaba de albañil: su jornal era de una peseta; y debe suponerse que se gastaba toda cada día, y